

LA CARRERA CELESTIAL

Volumen 1 – Sermón No. 198

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA TARDE DEL VIERNES 11 DE JUNIO DE 1858,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN THE GRAND STAND, EPSOM RACE COURSE.**

***“Corred de tal manera que lo obtengáis”
1Corintios 9:24***

Estamos continuamente insistiendo día tras día en que la salvación no es por obras, sino por gracia. Establecemos esto como una de las primeras doctrinas del Evangelio. “No por obras, para que nadie se gloríe”. “Por gracia sois salvos por medio de la fe y esto no de vosotros. Es el regalo de Dios.” Pero encontramos que es igualmente necesario predicar la absoluta necesidad de una vida religiosa para alcanzar el Cielo por fin. Aunque estamos seguros de que los hombres no se salvan por causa de sus obras, estamos igualmente seguros de que ningún hombre se salvará sin ellas. Y el que lleva una vida impía, que descuida la gran salvación, nunca podrá heredar esa corona de vida que no se desvanece.

En cierto sentido, la verdadera religión es enteramente obra de Dios. Sin embargo, hay sentidos elevados e importantes en los que debemos “esforzarnos por entrar por la puerta estrecha”. Debemos emprender una carrera, debemos luchar hasta la agonía. Debemos pelear una batalla antes de que podamos heredar la corona de la vida. Tenemos en nuestro texto el curso de la religión establecido como carrera, y como son muchos los que entran en profesión de religión con motivos muy falsos, el Apóstol nos advierte que, aunque todos corren en una carrera, sin embargo, no todos obtienen el premio. Todos corren, pero solo uno es recompensado.

Y nos da, por lo tanto, la exhortación práctica a correr de tal manera que lo obtengamos, porque a menos que seamos los ganadores, es mejor que no hayamos sido corredores en absoluto, porque el que no es un ganador es un perdedor. El que hace profesión de religión y no obtiene al fin la corona de la vida, es un perdedor por su profesión, porque su profesión era hipocresía o bien formalidad, y más le valdría no haber hecho profesión que caer de ella. Y ahora, al entrar en el texto, tendré que notar para qué debemos correr. “Así que corre para que puedas obtener”. En segundo lugar, el modo de correr, al que debemos prestar atención, “Corre para que lo obtengáis”. Y luego daré algunas exhortaciones prácticas para impulsar a aquellos que están flaqueantes y negligentes en la carrera celestial, a fin de que finalmente puedan “obtener”.

Entonces, en primer lugar, **¿QUÉ ES LO QUE DEBEMOS BUSCAR OBTENER?**

Algunas personas piensan que deben ser religiosas para ser respetables. Hay un gran número de personas en el mundo que van a la Iglesia y a la Capilla, porque todos los demás lo hacen. Es una vergüenza desperdiciar los domingos, no ser encontrados subiendo a la Casa de Dios, por eso se sientan y asisten a los servicios y creen que han cumplido con su deber. Han obtenido todo lo que buscaban, cuando pueden oír a sus vecinos decir: "Tal y cual es una persona muy respetable. Siempre es muy regular en su Iglesia, es una persona de gran reputación y sumamente digna de elogio". En verdad, si esto es lo que buscas en tu religión, lo obtendrás, porque los fariseos que buscaban la alabanza de los hombres "tenían su recompensa".

Pero cuando lo has obtenido, ¡qué pobre recompensa es! ¿Vale la pena el trabajo pesado? No creo que el trabajo pesado al que se somete la gente para llamarse respetable se compense en nada con lo que gana. Estoy seguro, por mi parte, de que no me importaría en lo más mínimo cómo me llamaran o qué pensarán de mí, tampoco realizaría nada que fuera fastidioso para mí, con el fin de complacer a cualquier hombre que haya caminado bajo las estrellas, por grande o poderoso que sea. Es el signo de un espíritu adulador y servil, cuando la gente siempre está tratando de hacer lo que los hace respetables. La estima de los hombres no vale la pena cuidarla, y es triste que este sea el único premio que algunos hombres les ponen delante, en la pobre religión que emprenden.

Hay gente que va un poco más allá. No se contentan con ser considerados respetables, sino que quieren algo más, desean ser considerados preeminentemente santos. Estas personas vienen a nuestros lugares de culto, y, después de un tiempo, se aventuran a acercarse y preguntar si pueden unirse a nuestras Iglesias. Los examinamos y tan oculta está su hipocresía que no podemos descubrir su podredumbre. Los recibimos en nuestras Iglesias. Se sientan en la Cena del Señor, vienen a nuestras reuniones de la Iglesia, tal vez, incluso son elegidos para el cargo de diácono. A veces llegan al púlpito, aunque Dios nunca los ha llamado, y predicán lo que nunca han sentido en sus corazones.

Los hombres pueden hacer todo esto simplemente para disfrutar de la alabanza de los hombres, e incluso sufrirán alguna persecución por causa de ello, porque ser tenido por santo, ser considerado por las personas religiosas como todo lo que es correcto y apropiado, tener un nombre entre los vivos en Sion, es para algunas personas una cosa muy codiciada. No les gustaría ser puestos entre los "más grandes pecadores", pero si pueden tener sus nombres escritos entre los destacados santos, se considerarán sumamente exaltados. Me temo que tenemos una mezcla considerable de personas de este tipo en nuestras Iglesias, que solo vienen por el mero hecho de mantener sus pretensiones religiosas, y obtener un estatus religioso en medio de la Iglesia de Dios.

“De cierto os digo que ya tienen su recompensa”, y nunca tendrán sino lo que obtienen aquí. Obtienen su recompensa por un poco de tiempo, por un corto tiempo son admirados. Pero tal vez incluso en esta vida tropiezan y caen. La Iglesia los descubre, y son enviados como el asno despojado de la piel de león a estar una vez más entre sus ortigas nativas, para no estar más soberbios en medio de la Iglesia del Dios vivo.

O tal vez, pueden usar la capa hasta el último día de sus vidas, luego llega la muerte y los despoja de todos sus oropeles y baratijas. Y aquellos que actuaron en el escenario de la religión como reyes y príncipes, son enviados detrás del escenario para que los desnuden y se encuentren mendigos para su vergüenza, y desnudos para su eterna desgracia. No es esto lo que tú y yo buscaríamos en la religión. Queridos amados, si corremos la carrera, correríamos por un premio mayor y más glorioso que cualquiera de estas cosas.

Otro grupo de personas se dedican a la vida religiosa por lo que pueden sacar de ella. He conocido a comerciantes que asisten a la iglesia, por el mero hecho de conseguir clientes de los que van allí. He oído hablar de cosas como que la gente sabía de qué lado estaba untado con mantequilla su pan y acudía a esa denominación en particular, donde pensaban que podrían sacarle el máximo provecho. Los panes y los peces atrajeron a algunos de los seguidores de Cristo y son cebos muy atractivos, incluso hasta el día de hoy. Los hombres encuentran que hay algo que se puede obtener por medio de la religión. Entre los pobres es, tal vez, alguna pequeña caridad por obtener, y entre los que tienen negocios, es el negocio que piensan obtener. “De cierto os digo que ya tienen su recompensa”. Porque la Iglesia nunca es tonta y suspicaz. No nos gusta sospechar que nuestros semejantes nos siguen por motivos sórdidos.

A la Iglesia no le gusta pensar que un hombre sea lo suficientemente bajo, como para pretender la religión por el mero hecho de lo que puede obtener y, por lo tanto, dejamos que estas personas se escapen fácilmente y tengan su recompensa. Pero ¡ah, a qué precio lo compran! Han engañado a los siervos del Señor por oro y han entrado en Su Iglesia como viles hipócritas por un pedazo de pan, y serán expulsados al final con la ira de Dios detrás de ellos, como Adán expulsado del Edén, con los querubines en llamas con una espada girando por todos lados para guardar el árbol de la vida. Y siempre recordarán esto como el crimen más terrible que han cometido, que pretendieron ser el pueblo de Dios cuando no lo eran y entraron en medio del redil cuando no eran más que lobos disfrazados de ovejas.

Hay todavía otra clase y cuando me haya referido a ella no mencionaré más. Estas son las personas que se dedican a la religión en aras de aquietar su conciencia, y es sorprendente cuán poco de la religión a veces hace eso. Algunas personas nos dicen que, si en tiempo de tormenta los hombres derramaran botellas de aceite sobre las olas, habría una gran calma de inmediato.

Nunca lo he intentado y es muy probable que nunca lo haga, porque mi órgano de credulidad no es lo suficientemente grande para aceptar una declaración tan extensa. Pero hay algunas personas que piensan que pueden calmar la tormenta de una conciencia atribulada, derramando sobre ella un poco del aceite de una profesión de religión. Y es sorprendente el maravilloso efecto que esto realmente tiene.

Conocí a un hombre que se emborrachaba muchas veces en una semana, y que obtenía su dinero de manera deshonesto y, sin embargo, siempre tenía la conciencia tranquila al ir a su iglesia o capilla regularmente los domingos. Hemos oído hablar de un hombre que podía "devorar las casas de las viudas", un abogado que podía devorar todo lo que se interpusiera en su camino y, sin embargo, nunca se acostaría sin decir sus oraciones, y eso calmó su conciencia. Hemos oído hablar de otras personas, especialmente entre los romanistas, que no se opondrían a robar, pero que considerarían comer cualquier cosa menos pescado en viernes como un pecado más temible, suponiendo que, haciendo un ayuno en viernes, todas las iniquidades de todos los días de la semana serían quitados.

Quieren las formas externas de la religión para mantener tranquila la conciencia. Porque la Conciencia es uno de los peores huéspedes que se pueden tener en tu casa cuando se pone culpable, no se puede permanecer con ella. Es una mala compañera de cama, enferma al acostarse e igualmente problemática al levantarse. Una conciencia culpable es una de las maldiciones del mundo, apaga el sol y quita el brillo del rayo de luna. Una conciencia culpable lanza una exhalación nociva por el aire, quita la belleza del paisaje, la gloria del río que fluye, la majestuosidad de las inundaciones. No hay nada hermoso para el hombre que tiene una conciencia culpable. No necesita acusación, todo lo acusa.

De ahí que la gente adopte la religión sólo para aquietarlos. Ellos toman el Sacramento a veces. Van a un lugar de culto. Cantan un himno de vez en cuando, dan una guinea a una obra de caridad. Tienen la intención de dejar una parte en su testamento para construir casas de beneficencia, y de esta manera la Conciencia se arrulla y la mecen de un lado a otro con observancias religiosas, hasta que allí se duerme mientras le cantan la canción de cuna de la hipocresía, y no despierta hasta que está con ese rico que estaba aquí vestido de púrpura, pero que en el otro mundo levantó sus ojos en el Infierno, estando en tormentos, sin una gota de agua para refrescar su lengua ardiente.

¿Qué es, entonces, por lo que debemos correr en esta carrera? Por el Cielo, la vida eterna, la justificación por la fe, el perdón de los pecados, la aceptación en el Amado y la gloria eterna. Si corres por algo más que la salvación, si ganas, no vale la pena correr por lo que has ganado. Oh, les suplico a todos ustedes que se aseguren de trabajar por la eternidad, nunca se contenten con nada menos que una fe viva en un Salvador vivo. No descanséis hasta que estéis seguros de que el Espíritu Santo está obrando en vuestras almas.

No penséis que el exterior de la religión os puede servir, es sólo la parte interior de la religión lo que Dios ama. Procura tener un arrepentimiento del que no necesites arrepentirte, una fe que mira solo a Cristo, y que estará a tu lado cuando llegues a las crecidas del Jordán.

Procura tener un amor que no sea como una llama transitoria, que arde por un momento y luego se extingue, sino una llama que aumentará, aumentará y aumentará aún más, hasta que tu corazón sea absorbido por ella y el único nombre de Jesucristo sea el único objeto de tu afecto. Al correr la carrera celestial, debemos poner delante de nosotros nada menos que lo que Cristo puso delante de él, puso el gozo de la salvación delante de Sí mismo y luego corrió, despreciando la Cruz y soportando la vergüenza. Así que adelante, ¡y que Dios nos dé buen éxito, para que por su buen Espíritu alcancemos la vida eterna, por la resurrección de Jesucristo nuestro Señor!

2. Así he señalado para qué debemos correr. Y ahora el Apóstol dice: "Corre para que lo obtengáis". Me daré cuenta de algunas personas que nunca obtendrán y te diré la razón y al hacerlo, estaré ilustrando **LAS REGLAS DE LA CARRERA**.

Hay algunas personas que, seguro que nunca obtendrán el premio, porque ni siquiera están inscritos. Sus nombres no están para la carrera y por lo tanto es bastante claro que no correrán, o si corren, correrán sin tener garantía alguna de esperar recibir el premio. Hay algunos aquí esta tarde, que se lo dirán ellos mismos, "No hacemos ninguna profesión, señor, ninguna en absoluto". Tal vez sea mejor que no lo hagas, porque si lo hicieras, serías hipócrita y es mejor no hacer ninguna profesión que ser hipócrita. Aun así, recuerda, sus nombres no están incluidos en la carrera y, por lo tanto, no pueden ganar. Si un hombre te dice en los negocios que no hace profesión de ser honesto, sabes que es un pícaro empedernido.

Si un hombre no hace profesión de ser religioso, ya sabéis lo que es, es irreligioso, no tiene temor de Dios ante sus ojos, no tiene amor por Cristo, no tiene esperanza del Cielo. Él mismo lo confiesa. Es extraño que los hombres estén tan dispuestos a confesar esto. No encuentras personas en la calle dispuestas a reconocer que son borrachos empedernidos. Generalmente un hombre lo repudiará con desdén. Nunca encuentras a un hombre que te diga: "No pretendo ser un hombre casto".

No escuchas a otro decir: "No pretendo ser otra cosa que un desgraciado codicioso". No, la gente no es tan rápida en decir sus faltas, y, sin embargo, escuchas a la gente confesar la mayor falta a la que el hombre puede apegarse, dicen: "No hago profesión de nada", lo que significa simplemente esto, que no le dan a Dios lo que corresponde. Dios los ha hecho y, sin embargo, no le sirven. Cristo ha venido al mundo para salvar a los pecadores y, sin embargo, no le hacen caso.

Se predica el Evangelio y, sin embargo, no lo escuchan, tienen la Biblia en sus casas y, sin embargo, no prestan atención a sus amonestaciones, no hacen profesión de hacerlo.

Será un trabajo corto con ellos en el último gran día. No habrá necesidad de abrir los libros, no habrá necesidad de una larga deliberación en el veredicto. No profesan ser perdonados. Su culpa está escrita en sus propias frentes, su descarada desvergüenza será vista por todo el mundo como una sentencia de destrucción escrita en sus mismas frentes. No puede esperar ganar el Cielo a menos que sus nombres se inscriban en la carrera. Si no hay ningún intento hecho, ni siquiera en una profesión de religión, entonces, por supuesto, puedes simplemente sentarte y decir: "El cielo no es para mí. No tengo parte ni suerte en la herencia de Israel, no puedo decir que mi Redentor vive. Y puedo estar bastante seguro de que Tofet está preparado para mí desde hace mucho tiempo. Debo sentir sus dolores y conocer sus miserias, porque solo hay dos lugares para morar en el más allá, y si no me encuentro a la diestra del Juez, solo hay una alternativa, a saber, ser arrojado para siempre a la oscuridad de las tinieblas".

Luego hay otra clase cuyos nombres están caídos, pero nunca empezaron bien. Un mal comienzo es algo triste. Si en las antiguas carreras de Grecia o Roma un hombre que estaba a punto de correr para la carrera se había despistado, o si había comenzado antes de tiempo, no importaría qué tan rápido corriera, si no comenzaba en orden. La bandera debe caer antes de que el caballo arranque, de lo contrario, aunque llegue primero al puesto ganador, no tendrá recompensa. Hay algo a destacar, entonces, en la salida de la carrera. He conocido a hombres que han corrido la carrera de la religión con todas sus fuerzas y, sin embargo, la han perdido porque no empezaron bien.

Tú dices: "Bueno, ¿cómo es eso?" Bueno, hay algunas personas que de repente pasan a la religión. La obtienen rápidamente y la mantienen por un tiempo y al final la pierden porque no obtuvieron su religión de la manera correcta. Han oído que antes de que un hombre pueda ser salvo es necesario que, por la enseñanza del Espíritu Santo, sienta el peso del pecado, que lo confiese, que renuncie a toda esperanza en sus propias obras y debe mirar sólo a Jesucristo. Consideran todas estas cosas como preliminares desagradables y, por lo tanto, antes de que hayan asistido al arrepentimiento, antes de que el Espíritu Santo haya obrado una buena obra en ellos, antes de que hayan sido inducidos a renunciar a todo y confiar en Cristo, hacen una profesión de religión.

Esto es solo establecer un negocio sin ninguna mercancía o equipo, y debe haber una falla. Si un hombre no tiene capital para empezar, puede hacer un buen espectáculo por un poco de tiempo, pero será como el crujido de espinas debajo de una olla, mucho ruido y mucha luz por poco tiempo, pero será morir en la oscuridad. ¡Cuántos hay que nunca creen necesario que haya un trabajo de corazón en su interior!

Recordemos, sin embargo, que nunca hubo un verdadero nuevo nacimiento sin mucho

sufrimiento espiritual, que nunca hubo un hombre que tuviera un corazón cambiado sin que primero tuviera un corazón miserable.

Debemos atravesar ese túnel negro de la convicción antes de poder salir al alto terraplén del santo gozo. Primero debemos atravesar el Pantano del Desaliento antes de poder correr a lo largo de los muros de la Salvación. Se debe arar antes de sembrar. Debe haber muchas heladas y muchas lluvias torrenciales antes de que haya cosecha. Pero muchas veces actuamos como niños pequeños que arrancan flores de los arbustos, y las plantan en sus jardines sin raíces, luego dicen qué hermoso y qué bonito es su jardincito, pero esperan un poco y sus flores se marchitan, porque no tienen raíces. Este es el efecto de no tener un comienzo correcto, no tener la "raíz del asunto".

¿Cuál es el bien de la religión exterior, la flor y la hoja de ella, a menos que tengamos la "raíz del asunto" en nosotros, a menos que hayamos sido cavados por esa afilada pala de hierro de la convicción y hayamos sido arados con el arado del Espíritu y luego sembrados con la semilla sagrada del Evangelio, con la esperanza de producir una cosecha abundante? Tiene que haber un buen comienzo, fíjate bien en eso, porque no hay esperanza de correr a menos que el comienzo sea el correcto.

Una vez más, hay algunos corredores en la carrera celestial que no pueden ganar porque llevan demasiado peso. Un peso ligero, por supuesto, tiene la ventaja. Hay algunas personas que tienen un peso inmensamente pesado que llevar. "¿Cuán difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos!" ¿Cuál es la razón? Porque lleva mucho peso. Él tiene mucho de los cuidados y placeres de este mundo, tiene tal carga que no es probable que la gane, a menos que Dios se complazca en darle una poderosa cantidad de fuerza que le permita llevarla.

Encontramos muchos hombres dispuestos a ser salvos, como suele decirse. Reciben la Palabra con gran alegría, pero al poco tiempo brotan espinas y ahogan la Palabra, tienen tanto negocio que hacer. Dicen que deben vivir, se olvidan de que deben morir. Tienen tanto negocio que atender que no pueden pensar en vivir cerca de Cristo, encuentran que tienen poco tiempo para las devociones. La oración de la mañana debe acortarse, porque su negocio comienza temprano. No pueden orar por la noche, porque los negocios los mantienen hasta muy tarde. ¿Cómo se puede esperar que piensen en las cosas de Dios? Tienen mucho que hacer para responder a esta pregunta: "¿Qué comeré? ¿Qué debo beber? ¿Con qué me vestiré?"

Es cierto que leen en la Biblia que su Padre que está en los Cielos los cuidará en estas cosas si confían en Él, pero ellos dicen: "No es así", esos son entusiastas de acuerdo a sus nociones que están sobre la Providencia. Dicen que la mejor providencia del mundo es el trabajo duro.

Y lo dicen con razón, pero olvidan que, en el trato de su arduo trabajo, "es en vano

levantarse temprano e ir tarde a descansar y comer el pan de dolores, porque si el Señor no construye la casa, en vano trabajan los que la edifican”.

Ves a dos hombres corriendo una carrera. Uno de ellos, al empezar, se quita todo el peso, se quita la ropa y sale corriendo. Allá va el otro pobrecito, lleva todo un cargamento de oro y plata a sus espaldas, entonces a su alrededor tiene muchas dudas con desconfianza sobre lo que será de él en el futuro, cuáles serán sus perspectivas cuando envejezca y cien cosas más. No sabe cómo poner su carga sobre el Señor. Fíjate cómo flaquea, pobre hombre, y cómo el otro le adelanta, dejándole muy atrás, ha ganado la curva, y va llegando al puesto ganador.

Es bueno para nosotros si podemos desechar todo excepto una cosa necesaria y decir: “Este es mi negocio: servir a Dios en la tierra, sabiendo que lo disfrutaré en el cielo”. Porque cuando dejamos nuestro negocio en manos de Dios, lo dejamos en mejores manos que si lo atendiéramos nosotros mismos. Los que tallan para sí mismos generalmente se cortan los dedos, pero aquellos que dejan que Dios talle por ellos, nunca tendrán un plato vacío. El que ande tras la nube irá bien, pero el que corra delante de ella pronto descubrirá que ha ido por un camino de necios. “Bienaventurado el hombre que confía en el Señor y cuya esperanza es el Señor”. “Los leoncillos tienen escasez y tienen hambre, pero los que esperan en el Señor no tendrán falta de ningún bien”.

Nuestro Salvador dijo: “Considerad los lirios del campo, cómo crecen. No trabajan, ni hilan, y sin embargo os digo que ni Salomón con toda su gloria se vistió como uno de ellos”. “Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta, ¿no sois vosotros mucho mejores que ellas?” “Confía en el Señor y haz el bien y en verdad serás alimentado”. “Fortaleza de rocas será su lugar de refugio, se le dará su pan, y sus aguas serán seguras”. “Buscad primero el reino de Dios y su justicia y todas estas cosas os serán añadidas”. Lleva el peso de las preocupaciones de este mundo por ti, y será todo lo que puedas hacer para llevarlas y mantenerte erguido debajo de ellas, pero en cuanto a correr una carrera con tales cargas, es simplemente imposible.

También hay otra cosa que impedirá que el hombre corra la carrera. Hemos conocido a personas que se detuvieron en el camino para patear a sus compañeros, tales cosas ocurren a veces en una carrera. El caballo, en lugar de acelerar hacia la marca, se muestra enojado y se pone a patear a los que corren a su lado, no hay muchas probabilidades de que llegue primero. “Ahora bien, los que corren en una carrera, todos corren, pero uno recibe el premio”. Sin embargo, hay uno que nunca lo consigue y ese es el hombre que siempre atiende a sus semejantes en lugar de a sí mismo.

Es una cosa misteriosa que nunca haya visto a un hombre con una azada en el hombro, yendo a cavar el jardín de su vecino. Es una rareza ver a un granjero enviar su yunta de caballos

para arar la tierra de su vecino, pero es una cosa muy singular que todos los días de la semana me encuentro con personas que están atendiendo al carácter de otras personas. Si van a la Casa de Dios y escuchan decir algo trillado, dicen de inmediato: "Qué apropiado fue eso para la Sra. Smith y la Sra. Brown". El pensamiento nunca pasa por su cabeza, de lo adecuado que era para ellos.

Prestan sus oídos a todos los demás, pero no escuchan por sí mismos. Cuando salen de la capilla, tal vez mientras caminan a casa, su primer pensamiento es, "Bueno, ¿cómo puedo encontrar fallas en mis vecinos?" Piensan que derribar a los demás es subirse a sí mismos (nunca hubo mayor error). Piensan que haciendo agujeros en el abrigo de su vecino reparan el suyo propio. Tienen tan pocas virtudes propias que no les gusta que los demás las tengan, por eso hacen lo mejor que pueden para despojar a su prójimo de todo lo bueno, y si hay una falta pequeña, la mirarán a través de una lupa, pero voltearán la lente hacia el otro lado cuando miren sus propios pecados.

Sus propias faltas se vuelven sumamente pequeñas, mientras que las de los demás se vuelven magníficamente grandes. Ahora bien, esta es una falta no sólo entre los hombres religiosos profesantes, sino también entre los que no son religiosos. Todos somos tan propensos a encontrar fallas en otras personas, en lugar de ocuparnos de nuestros propios asuntos. Cuidamos las viñas de los demás, pero nuestra propia viña no la hemos guardado. Pregúntenle a un hombre mundano por qué no es religioso y les dirá: "Porque Fulano de Tal hace profesión de religión y no es consecuente". ¿Eso es asunto tuyo? Para tu propio Maestro, debes permanecer en pie o caer, y él también. Dios es su juez y no tú.

Supongamos que hay muchos cristianos inconsecuentes, y nos vemos obligados a reconocer que los hay, con mayor razón deberías ser uno bueno. Supongamos que hay una gran cantidad de personas que engañan a otros, con mayor razón deberías dar al mundo un ejemplo de lo que es un cristiano genuino. "Ah, pero", dices, "me temo que hay muy pocos". Entonces, ¿por qué no llegas a ser uno? Pero después de todo, ¿eso es asunto tuyo? ¿No debe cada uno llevar su propia carga? No serás juzgado por los pecados de otros hombres, no serás salvo por su fe, no serás condenado por su incredulidad.

Todo hombre debe presentarse en su propia carne y sangre ante el tribunal de Dios, para dar cuenta de las obras hechas en su propio cuerpo, ya sea que hayan sido buenas o malas. De poco os servirá decir en el Día del Juicio, "Oh Señor, estaba mirando a mis vecinos. Oh, Señor, estaba criticando a la gente del pueblo, estaba corrigiendo sus locuras". Pero así dice el Señor: "¿Alguna vez te comisioné para ser un juez o un divisor sobre ellos? ¿Por qué, si tenías tanto tiempo de sobra y tanto juicio crítico, no lo ejercitaste sobre ti mismo? ¿Por qué no te examinaste a ti mismo, para que fueras hallado listo y aceptable en el Día de Dios?" Es poco probable que estas personas ganen la carrera, porque recurren a patear a los demás.

Una vez más, hay otra clase de personas que no ganarán la carrera, a saber, aquellos que, aunque parecen empezar muy bien, muy pronto holgazanean. Se adelantan en la primera salida y se distancian de todos los demás, allí vuelan como si tuvieran alas en los talones. Pero un poco más adelante en la carrera, es difícil que, con látigo y espuelas, se mantengan en marcha y casi se detienen. ¡Ay!, esta raza de personas se descubre en todas nuestras Iglesias. Tenemos jóvenes que se presentan y hacen una profesión de religión y hablamos con ellos y pensamos que todo está bien con ellos y por un tiempo funcionan bien, no hay nada que les falte, podríamos presentarlos como ejemplos para ser imitados por otros.

Espera un par de años, se van cayendo poco a poco. Primero, tal vez, se descuide la asistencia a un servicio entre semana, luego se suspende por completo. Luego un servicio en día de reposo. Luego tal vez la oración familiar, luego la oración privada, se abandona una cosa tras otra, hasta que por fin todo el edificio que se mantuvo en pie y se veía tan hermoso, después de haber sido construido sobre la arena, cede ante el impacto del temporal y se derrumba y grande es su ruina.

Recuerda, no es comenzar lo que lleva a ganar la carrera, sino correr todo el camino. El que quiera ser salvo debe aferrarse hasta el final, "El que persevere hasta el fin, ése será salvo". Detente y holgazanea en la carrera antes de que hayas llegado al final de la misma, y habrás cometido uno de los mayores errores que podrían ocurrir. ¡Adelante, adelante! Mientras vivas, ¡adelante, adelante, adelante! Porque hasta que llegues a la tumba, no has llegado a tu lugar de descanso. Hasta que llegues a la tumba, no has llegado al lugar donde puedes gritar: "¡Alto!" Siempre hacia adelante para ganar. Si estás contento con perder, si quisieras perder tu propia alma, puedes decir, "Alto", si quieres, pero si quieres ser salvo para siempre, sigue, sigue, hasta que hayas ganado el premio.

Pero hay otra clase de personas que son peores que éstas. También empiezan bien, y corren muy rápido al principio, y al final saltan sobre los postes y barandas. Se salen del curso por completo y no sabes adónde se han ido. De vez en cuando nos encontramos con gente así. Salen de nosotros, porque no son de nosotros, porque si hubieran sido de nosotros, sin duda habrían continuado con nosotros. Podría señalar en mi congregación en el día de reposo a un hombre a quien yo mismo vi comenzar.

Lo vi correr tan bien que casi le envidié la alegría que siempre parecía capaz de conservar, la fe que siempre parecía tan alegre y llena de júbilo.

Por desgracia, justo cuando pensábamos que se dirigía a toda velocidad hacia el premio, una tentación se cruzó en su camino y se desvió. Lejos está trepando por el páramo, fuera del camino correcto y los hombres dicen: "Ajá, ajá, ahí lo tenemos, ahí lo tenemos". Y se ríen y se

burlan de él, porque habiendo pronunciado una vez el nombre de Jesucristo, ha vuelto después otra vez, y su último fin es peor que el primero.

Aquellos a quienes Dios comienza nunca hacen esto, porque son preservados en Cristo Jesús. Los que han sido "entrados" en el gran rollo de la Alianza antes de toda la eternidad perseverarán, con la ayuda del buen Espíritu. El que comenzó en ellos la buena obra, la perfeccionará hasta el fin. Pero ¡ay!, hay muchos que corren por cuenta propia y con sus propias fuerzas, y son como el caracol, que, al arrastrarse, deja su vida como un rastro en su propio camino, se desvanecen, su naturaleza decae. Ellos perecen y ¿dónde están? No en la Iglesia, sino perdido para toda esperanza. Son como el perro que volvió a su vómito y la puerca que fue lavada para revolcarse en el fango. "El último fin de ese hombre será peor que el primero".

No pienso mencionar ahora ninguna otra clase de personas. He traído ante ti las reglas de la carrera, si quieres ganar. Si desea "correr de tal manera que lo obtengáis", primero debes tener cuidado de comenzar bien, debes mantener el rumbo, debes seguir recto. No debéis deteneros en el camino, ni desviarnos de él, sino que, impulsados por la Gracia Divina, debéis volar siempre hacia adelante, "como flecha del arco, disparada por un arquero fuerte". Y no descanséis nunca hasta que acabe la marcha, y seáis hechos columnas en la casa de vuestro Dios, para no salir nunca más.

3. Pero ahora estoy a punto de darles algunas razones para **IMPULSARLOS A ADELANTE EN LA CARRERA CELESTIAL, aquellos de ustedes que ya están corriendo.**

Una de mis razones será esta: "Estamos rodeados de una gran nube de testigos". Cuando los entusiastas corredores del páramo vuelan a través de la llanura, buscando obtener la recompensa, todo el páramo se cubre con multitudes de personas que los miran ansiosamente, y sin duda, el ruido de quienes los alientan y los mil ojos de aquellos quienes los miran, tienen una tendencia a hacerlos tensionar cada nervio y presionar con vigor. Así era en los juegos a los que alude el Apóstol.

Allí, la gente se sentaba en plataformas elevadas, mientras los corredores corrían delante de ellos y les gritaban, los amigos de los corredores los animaban a avanzar y la amable voz se escuchaba invitándolos a continuar. Ahora, hermanos cristianos, ¿cuántos testigos los están mirando, abajo, me refiero? Así es. Desde las almenas del Cielo los ángeles te miran y parecen clamarte hoy con dulce voz, "Segarás si no desmayas. Serás recompensado si continúas firme en la obra y la fe de Cristo".

Y los santos te miran desde arriba: Abraham, Isaac y Jacob. Mártires y confesantes y tus propios parientes piadosos que han ascendido al Cielo te miran desde arriba y si se me permite hablar así, me parece que a veces puedes escuchar el aplauso de sus manos cuando has

resistido la tentación y vencido al enemigo. Y podrías ver su suspenso cuando te estás quedando atrás en el curso, podrías escuchar su palabra amistosa de precaución, mientras te piden que ciñas los lomos de tu mente y dejes de lado todo peso y aún aceleres, sin descansar nunca para recuperar el aliento. Nunca te quedes por un momento de tranquilidad hasta que hayas alcanzado los lechos de flores del Cielo, donde puedes descansar para siempre. Y recuerda, estos no son los únicos ojos que te están mirando. El mundo entero mira a un cristiano, él es el observado de todos los observadores, en un cristiano se ven todos los defectos.

Un hombre mundano puede cometer mil faltas y nadie se fija en él, pero que un cristiano lo haga, y entonces muy pronto sus faltas serán publicadas en todo el mundo. En todas partes los hombres miran a los cristianos y es muy correcto que lo hagan. Recuerdo a un joven, miembro de una iglesia cristiana, que fue a un salón público del más bajo carácter. Y apenas estaba subiendo las escaleras, cuando uno de ellos dijo: "Ah, aquí viene el metodista. Lo entregaremos". Apenas lo tuvieron en la habitación, primero lo subieron y bajaron para que todos vieran al metodista que había venido entre ellos y luego lo tiraron escaleras abajo.

Les envié mis respetuosos cumplidos por hacerlo, porque se lo merecía. Y me cuidé de que luego lo patearan escaleras abajo en otro sentido y lo echaran de la Iglesia. El mundo no lo tendría y la Iglesia no lo tendría. El mundo entonces te mira. Nunca pierde la oportunidad de poner tu religión en sus dientes. Si no das dieciséis onzas por libra de moralidad, si no estás a la altura en todo, volverás a oír hablar de ello.

No creas que el mundo siempre está dormido. Decimos, "tan profundamente dormido como una iglesia", y ese es un muy buen proverbio, pero no podemos decir, "tan profundamente dormido como el mundo" porque nunca duerme, siempre tiene los ojos abiertos, siempre nos está observando en todo lo que hacemos. Los ojos del mundo están sobre ustedes. "Estamos rodeados de una gran nube de testigos". "Corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante". Y hay ojos más oscuros y aún más malignos que nos fruncen el ceño. Hay espíritus que pueblan el aire, que están bajo el príncipe de la potestad del aire, que velan cada día por nuestro desfallecimiento.

***"Millones de criaturas espirituales caminan por esta tierra,
tanto cuando nos despertamos como cuando dormimos".***

Y, por desgracia, esas criaturas espirituales no son todas buenas. Hay aquellos que aún no están encadenados y reservados en la oscuridad, sino hay a quienes Dios les permite vagar por este mundo como leones rugientes, buscando a quien devorar, siempre listos para tentarnos. Y hay uno a la cabeza de ellos llamado Satanás, el enemigo y ustedes conocen su tarea. Él tiene acceso al Trono de Dios y hace un uso horrible de él, porque nos acusa día y

noche ante el Trono. El acusador de los hermanos aún no ha sido arrojado, es decir, en el gran día del triunfo del Hijo del Hombre, pero, así como Jesús se presenta como nuestro Abogado ante el Trono, así el viejo Satanás primero nos vigila y nos tienta, y entonces, se presenta como nuestro acusador ante el tribunal de Dios. Oh mis queridos hermanos y hermanas, si han entrado en esta carrera y la han comenzado, dejen que estos muchos ojos los impulsen a seguir adelante.

***“Una nube de testigos a tu alrededor
te mantiene en pleno reconocimiento;
olvida los pasos ya pisados,
y avanza tu camino”.***

Y ahora una consideración aún más urgente. Recuerda, tu carrera es ganar o perder, muerte o vida, infierno o cielo, miseria eterna o gozo eterno. ¡Qué apuesta es esa por la que corres! Si se me permite decirlo así, estás corriendo por tu vida. Y si eso no hace que un hombre corra, nada lo hará. Poned a un hombre allí en aquella colina y poned a otro tras él con una espada desenvainada buscando su vida. Si hay algo de carrera en él, pronto lo verás correr. No habrá necesidad de que le gritemos: "Corre, hombre, corre", porque él está completamente seguro de que su vida está en peligro y acelera con todas sus fuerzas, acelera hasta que las venas se brotan como látigos en su frente, y un sudor caliente corre por todos los poros de su cuerpo y sigue huyendo.

Ahora, mira hacia atrás y ve al vengador de la sangre corriendo detrás de él. Él no se detiene. Rechaza el suelo y sigue huyendo hasta llegar a la Ciudad de Refugio, donde está a salvo. ¡Ah, si tuviéramos ojos para ver y supiéramos quién es el que nos persigue cada segundo de nuestra vida, cómo deberíamos correr! Oh hombre, el infierno está detrás de ti, el pecado te persigue, el mal busca alcanzarte. La Ciudad Refugio tiene sus puertas abiertas de par en par. Os suplico que no descanséis hasta que podáis decir con confianza: "He entrado en este reposo y ahora estoy seguro, sé que mi Redentor vive".

Y ni aun entonces descanses, porque este no es lugar para descansar. No descanses hasta que termines tu trabajo de seis días, y comience tu reposo celestial. Deja que esta vida sea tus seis días de fe siempre laboriosa, obedece el mandamiento de tu Maestro, "Trabajad, pues, para entrar en este reposo", ya que hay muchos que no entrarán, porque por su falta de fe no podrán. Si eso no insta a un hombre a acelerar, ¿qué puede hacerlo?

Pero permítanme imaginar una cosa más. ¡Y que eso te ayude a seguir adelante! cristiano, corre adelante, recuerda quién es el que está en el puesto ganador. Tienes que correr hacia adelante, siempre mirando a Jesús, entonces Jesús debe estar al final. Siempre debemos estar mirando hacia adelante y nunca hacia atrás. Por lo tanto, Jesús debe estar allí. ¿Estás holgazaneando? Míralo con Sus heridas abiertas. ¿Estás a punto de dejar el camino? Míralo

con Sus manos sangrantes. ¿No te obligará eso a dedicarte a Él? ¿No te impulsará eso a acelerar tu curso y nunca perder el tiempo hasta que hayas obtenido la corona?

Tu Maestro agonizante te clama hoy y te dice. "Por Mi agonía y sudor sangriento, por Mi Cruz y pasión, ¡adelante!, por Mi vida, que di por vosotros, por la muerte que soporté por vosotros, ¡adelante! ¡Y mira! Extiende Su mano, cargada con una corona que brilla con muchas estrellas y dice: "¡Por esta corona, adelante!" Te lo suplico, adelante, mi Amado, sigue adelante, porque "sé que me está guardada una corona de vida que no se marchitará, y no sólo para mí, sino para todos los que aman su venida".

Me he dirigido así a todo tipo de personajes. ¿Te llevarás esta tarde a casa lo que sea más aplicable a tu caso? Aquellos de ustedes que no hacen profesión de religión, viven sin Dios y sin Cristo, extraños a la comunidad de Israel, permítanme recordarles con afecto que se acerca el día en que querrán la religión. Ahora está muy bien navegar sobre las tranquilas aguas de la vida, pero las ásperas olas del Jordán te harán desear un Salvador. Es un trabajo duro morir sin esperanza, dar ese último salto en la oscuridad es algo aterrador, de hecho.

He visto morir al anciano cuando ha declarado que no moriría. Ha estado al borde de la muerte y ha dicho: "¡Todo oscuro, oscuro, oscuro! Oh Dios, no puedo morir". Y su agonía ha sido espantosa cuando la mano fuerte del Destructor ha parecido empujarlo al precipicio. Se quedó temblando al borde del abismo y temía lanzarse lejos. Y espantoso fue el momento en que resbaló el pie y quedó la tierra sólida, y el alma se hundió en el abismo de la ira eterna.

Querrás un Salvador entonces, cuando tu pulso sea débil y escaso. Necesitarás un ángel que esté junto a tu cama, y cuando el espíritu se vaya, necesitarás una caravana sagrada que te guíe a través de las nubes oscuras de la muerte, te guíe a través de la puerta de hierro y te conduzca a la mansión bendita en la tierra del más allá. Oh, "busquen al Señor mientras pueda ser hallado, llámenlo mientras está cercano. Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase al Señor, el cual tendrá de él misericordia, y a nuestro Dios, que será amplio en perdonar. Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dice Jehová. Porque como los cielos son más altos que la tierra, así Mis caminos son más altos que vuestros caminos y Mis pensamientos más que vuestros pensamientos".

Oh Señor, vuélvenos y seremos convertidos. Atráenos y correremos tras Ti. Y tuya será la gloria, porque la corona de nuestra raza será arrojada a Tus pies, y Tú tendrás la gloria por los siglos de los siglos.